



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

Título original: DER KLEINE VAMPIR UND DIE FRAGE ALLER FRAGEN

© 2015, Rowohlt Verlag GmbH,

Reinbek bei Hamburg

[www.AngelaSommer-Bodenburg.com](http://www.AngelaSommer-Bodenburg.com)

© De la traducción: 2017, Noemí Risco

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-179-1

Depósito legal: M-15.289-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: enero de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **El pequeño vampiro y la gran pregunta**

Angela Sommer-Bodenburg

Ilustraciones de Amelie Glienke

loqueleg

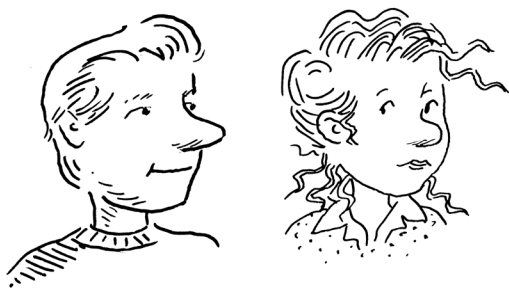


*Este libro es para todos los que esperan ansiosos  
que les hagan por fin la gran pregunta.  
Y naturalmente para Burghardt Bodenburg, quien  
hace tiempo respondió a la gran pregunta.*

ANGELA SOMMER-BODENBURG



A **Anton Bohnsack** le gusta leer historias de vampiros. Gracias a su amistad con Rüdiger y Anna von Schlotterstein, ha aprendido mucho de su auténtica existencia, pero también sabe que puede llegar a ser muy peligroso hacerse amigo de los vampiros.



El **padre de Anton** no cree en vampiros. Considera a Rüdiger y Anna dos niños corrientes, que tan solo se disfrazan de vampiros. **La madre de Anton**, en cambio, se ha acercado a la verdad ya varias veces. El padre de Anton trabaja en una oficina y su madre es maestra.



**Rüdiger**, el pequeño vampiro, es vampiro por lo menos desde hace ciento cincuenta años. El hecho de que sea tan pequeño tiene una razón sencilla: se convirtió ya de niño en vampiro. A Rüdiger le gusta leer. ¡Sus libros favoritos son los de vampiros con final feliz para los suyos! Como vampiro que es, tiene que pensar en su propio provecho. En situaciones delicadas prefiere largarse y que se encarguen otros. Pero cuando se trata de algo importante, no deja a su amigo Anton en la estacada.



**Anna** es la hermana de Rüdiger, su hermana «pequeña», como le gusta subrayar. Es casi tan fuerte como él, aunque más valiente e intrépida. ¡Le encanta leer historias de amor de vampiros! Elisabeth la Golosa ha nombrado a Anna su sucesora en el cargo de vampira suprema.



**Lumpi** se convirtió en vampiro durante la pubertad, por eso su voz ronca a veces es grave y otras, aguda. Lo único malo es que no saldrá nunca de esta edad difícil. Por eso la irritabilidad que presenta hacia Anton es una amenaza continua.





**La señorita Olga** von Seifenschwein es la sobrina de tía Dorothee. Antes vivía en un castillo de Transilvania y tuvo que presenciar cómo unos cazadores de vampiros acababan con sus padres. No se ha recuperado del todo de ese trauma. Olga es muy engreída y presuntuosa, y sabe cómo aprovecharse de los demás.



**Tía Dorothee** es una de las vampiras más sanguinarias y todos la temen. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso. De los vampiros adultos es la única que cuida a los niños vampiros.



## 7 por 7 por 7 noches

Hacía cinco días que habían empezado las vacaciones estivales de Anton. Aunque esta vez eran muy distintas. Después de una horrible pelea conyugal, los padres de Anton se habían separado y ahora vivía por turnos con su padre en el piso antiguo y con su madre en un nuevo apartamento.

11

Anton ya no se sentía en casa, en su casa de verdad, en ninguna parte.

Y desde que habían empezado las vacaciones de verano, estaba tumbado en la cama de su antigua habitación... ¡sin hacer nada!

Su padre lo llamaba «mirar los agujeros del aire», pero Anton encontraba esa expresión demasiado dinámica.

—Simplemente no tengo ganas de hacer nada —decía siempre que su padre venía con nuevas propuestas de todo lo que podían hacer.

Su padre quería ir con él a jugar a bolos, a la piscina, al cine, al teatro, al museo...

Pero Anton siempre hacía un gesto negativo con la mano, cansado.

12 —¡Eres un niño muy vago! —le dijo finalmente su padre, enfadado.

Pero aquello no ofendió a Anton lo más mínimo. Sí, era cierto: de momento era muy vago. Por la noche ya pocas veces se desvestía y dormía con la ropa que había llevado puesta todo el día.

—¡En tus vacaciones deberías hacer todo lo que te divierta y para lo que no habías tenido tiempo antes! —le reprochó su padre.

—Pues esto es precisamente lo que me apetece hacer. ¡En el colegio nunca puedo gandulear! —le respondió Anton.

Después de aquellas palabras su padre le dejó en paz.

Pero la vagancia no era tan fantástica. La verdad era que no pasaba nada estupendo en su vida...

Anton miró hacia la ventana abierta. Entretanto se había hecho de noche. Pero no se había tomado la molestia de estirar el brazo para encender la lámpara.

Por eso se sobresaltó cuando descubrió en el ángulo de la ventana una pequeña figura envuelta en una capa negra. También le llamó la atención un olor peculiar.

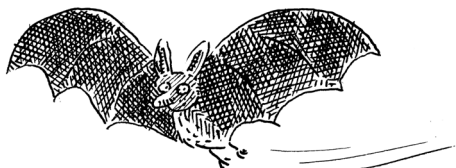
—¿Rüdiger?

De repente Anton sintió que el corazón se le salía del pecho.

—¡No! —recibió como respuesta.

Entonces sonó una risita entre dientes, una risita que Anton conocía. ¡Tenía que ser Anna, la hermana del pequeño vampiro Rüdiger von Schlotterstein!

—Buenas noches, Anton —le saludó y saltó hacia la habitación.



Anton apenas la distinguía, pero vio el blanco brillando en sus ojos. Y mientras Anna se acercaba ahora a su cama sonriendo, vio destellar algo más blanco: sus dientes de vampira.

Anna se quedó de pie y dijo:

14 —No te he preguntado si podía entrar, Anton.

—No lo haces nunca —respondió él.

—Tienes razón —admitió ella—, pero ahora hay una cosa diferente.

—No solo una cosa...

El niño lanzó un profundo suspiro.

—¿A qué te refieres? —preguntó Anna.

—A nada.

Anton temía haberse expuesto demasiado. Giró la cabeza hacia la pared.

—¿Puedo sentarme? —oyó la voz de Anna.

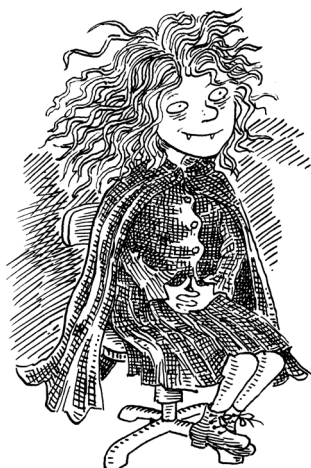
—Mientras no te sientes en mi cama... —contestó.

—Me he puesto en tu silla —dijo la vampira— y es muy divertido. ¡Da vueltas!

Anton se pasó el dorso de la mano por los ojos.

Qué curioso... ¡De pronto tenía los ojos mojados! Y no tenía ni idea de por qué.

—¿Estás llorando? —le preguntó Anna.



15

Como todos los vampiros, podía ver perfectamente en la oscuridad.

—No —negó Anton.

—¡Y yo que pensaba que te alegrabas por mi visita! —exclamó Anna.

—Sí que me alegro —respondió con una voz que sonó tanto a una rana en un estanque que

tuvo que reírse—. Son lágrimas de alegría —se apresuró a añadir.

Ahora era Anna la que se sorbía la nariz y se secaba los ojos.

—Es verdad que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos —dijo ella.

—¡Años! —exageró Anton adrede.

16 —No, no hace tanto —le contradijo—. ¡Han sido exactamente 7 por 7 por 7 noches!

—¿7 por 7 por 7 noches?

Anton intentó calcular el resultado. El cálculo mental no era precisamente su fuerte...

—Han sido trescientas cuarenta y tres noches —dijo Anna—. Y puedes creerme: te he echado de menos todas las noches. Cada una de ellas.

—Yo también a ti —contestó Anton.

Sin embargo, se guardó para sí que también había echado de menos a Rüdiger, el pequeño vampiro. Por experiencia sabía lo susceptible que era Anna.

—¿Cómo es que no me has venido a ver si me echabas de menos?



Había cierto reproche en la voz de Anna.

Por la ventana se colaba la luz de la luna en la habitación y ahora Anton podía verle la cara. Anna estaba tan encantadora como siempre, aunque en cierto modo había cambiado.

—¿No has abierto mi paquetito? —le preguntó a Anton, puesto que no le respondía.

—Sí —afirmó el chico.

Después de haberse despedido Anna de él, porque iba a convertirse en la sucesora de la vampira suprema, descubrió una mañana un paquetito en el alféizar de su ventana. En el paquete encontró el noctario de Anna, junto a una carta y una pluma negra.

—Y la carta que había en mi paquete... ¿La leíste? —quiso saber Anna.

—Por supuesto —respondió.

—¿Y la pluma negra? ¿La has usado? —En la voz de Anna se notaba impaciencia—. ¡En mi carta escribí que la pluma tenía poderes especiales!

—Sí, la he usado. —Anton se aclaró la garganta—. Cogí la pluma negra con la mano y pregunté si podía decirme dónde estabas.

—Sí, ¿y qué pasó?

—Escribió «Băile Herculane».

—Entonces sí sabías dónde estaba...

18 Anna se impulsó en el suelo con los pies y dio varias vueltas en círculo. Anton estaba empezando a temer que la silla giratoria saliera volando. Pero solo ondeaba la capa de vampira que llevaba Anna. Después no sucedió nada.

Tras unas vueltas, Anna paró la silla.

—¿Y aun así no dejaste que la pluma te llevara a Băile Herculane? —exclamó con un tono casi acusatorio.

Anton se calló.

—¿O es que no querías venir a verme? —preguntó Anna.

Anton volvió a ver destellar sus colmillos de vampira.

—No sé —contestó diciendo la verdad—. Ya no sé nada.

Hubo una pausa.

Entonces Anna le preguntó, echando un vistazo a la puerta cerrada de la habitación de Anton tras la que se oía la tele:

—¿Están tus padres en casa?

—No —respondió Anton.

—¡Pero la televisión está encendida!

—Solo está mi padre. Mis padres se han separado. 19

—¿Separado?

—Sí.

—¿Tu madre ya no vive con vosotros?

—No. Y yo tampoco.

—Pero esta es tu habitación —dijo Anna.

—Ahora tengo dos habitaciones —le aclaró Anton.

—¿Dos habitaciones?

—Sí. Esta aquí y otra en casa de mi madre.

—Probablemente por eso Rüdiger nunca te encontraba —pensó Anna en voz alta—. Me dijo que ya no te acercabas a la ventana cuando venía a llamarte.

—Sí, puede ser. Pero también nos peleamos.

—Eso no me lo ha contado Rüdiger —le hizo saber Anna—. ¿Y por qué os habéis peleado?

—¡Ay, eso fue hace mucho! —rehusó contestar.

—Pero yo quiero saberlo —insistió Anna.

—Fue por Olga —respondió.

20 —¿Por Olga? —gritó Anna, furiosa—. ¿Ha venido de nuevo a verte? ¿Quería morderte por segunda vez?

Anton se estremeció. Al recordar la Noche de la Transformación Final, se sentía todavía muy raro. Aquella noche Olga fue tan perversa que aprovechó su desmayo para morderle en el cuello.

Pero Anton no se transformó en vampiro. Para eso tendría que haber pasado por la Transformación Final y haber bebido de la copa de oro de los vampiros con la Bebida de la Vida Eterna.

—No, no ha estado aquí —tranquilizó a Anna—. Pero Rüdiger entretanto le ha perdo-

nado todo a Olga. ¡Dijo que Olga me habría hecho un favor al morderme!

—¿Un favor?

—Sí. Rüdiger aseguró que al hacerlo quería regalarme la vida eterna. ¡Bah! ¡Olga me dijo que quería convertirme en uno de sus esclavos!

—¡Le habría sacado los ojos a Olga! —exclamó Anna y cerró los puños.

—Sí, luego me enfadé y le dije a Rüdiger que volviera cuando quisiera pedirme disculpas —continuó Anton—. Y desde entonces no le he vuelto a ver.

—Ya sabes que los vampiros no pedimos disculpas —dijo Anna.

—¿Significa eso que ahora defiendes a Rüdiger? —se indignó Anton.

—No, claro que no —respondió Anna—. Pero debe de estar muy triste al haber perdido a su mejor amigo.

—¡Seguro! —confirmó Anton apesadumbrado.

## La gran pregunta

22 —¿Te importa que encienda la luz? —preguntó Anton después de unos instantes en silencio.

—No —contestó Anna.

Encendió la lámpara de la mesilla de noche.

—Todavía no puedes ver en la oscuridad —dijo ella.

—No muy bien —respondió él.

—Entonces es que va todo estupendamente —opinó Anna.

—¿Estupendamente?

—¡Sí! Eso es lo que querías, ¿no?

—No... no entiendo de qué estás hablando.  
Se puso de pie.

—No querías convertirte en vampiro bajo ninguna circunstancia. De eso estoy hablando —aclaró Anna.

—Ah, eso.

Anton se sentó en la cama y se quedó mirando a Anna. El pelo, que la vampira nunca había podido controlar, ahora era una melena salvaje. Sus labios eran de color rojo oscuro. Era evidente que ya había comido.

23

—Sí, antes estaba totalmente decidido a no convertirme en vampiro —dijo.

—¿Quieres decir que has cambiado de opinión? —preguntó Anna.

—Ojalá lo supiera. —De nuevo tuvo Anton que reírse. Pero después de todas las semanas melancólicas que había dejado atrás, la risa le sentaba requetebién. ¡Era realmente liberadora!—. Por lo visto esta noche no sé nada...

—A veces no entendemos nuestros propios deseos —dijo Anna—. Y cuando los deseos se presentan, nos acobardamos.

Dejó transcurrir un par de minutos antes de añadir:

—Pero no tienes que tomar una decisión enseguida.

—¿Tomar una decisión enseguida? ¿Respecto a qué? —preguntó Anton.

—Estoy aquí para hacerte la gran pregunta —dijo Anna con una seriedad insólita.

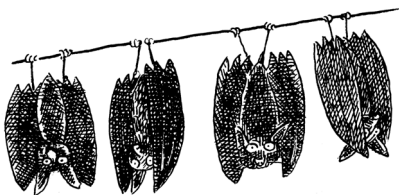
Anton se estremeció. Se había despertado en él un horrible recuerdo y al mismo tiempo empezó a quemarle y a latirle donde le habían mordido en el cuello.

—¿La gran pregunta? —repitió con voz ronca—. En la Noche de la Transformación Final, Olga quería...

No siguió hablando.

—¿Qué quería Olga? —gritó Anna.

—Quería hablar conmigo sobre la gran pregunta. Me dijo que sería una pregunta que solo podría hacerme una vez. Y más valía que yo preparara la respuesta correcta.





De repente Anna pareció muy irritada. Apretó los labios y Anton casi podía ver cómo le daba vueltas a la cabeza.

—Pero Olga no te hizo la gran pregunta, ¿no?

—No —respondió Anton.

Anna apretó los puños.

—¡Olga te ha mentido! —profirió—. La gran pregunta puede hacerse tres veces. Solo que después de la tercera vez no puede volver a repetirse.

Anton sintió una presión en el pecho.

—¿Y tú... tú quieres hacerme ahora la gran pregunta?

—¡Sí! —afirmó Anna.

—Pero ya me la has hecho varias veces —replicó Anton.

—Yo nunca te he hecho la gran pregunta —contestó ella—. ¿Crees que decirte de pasada si quieres convertirte en vampiro es forma de hacer la gran pregunta?

El niño asintió.

Anna sacudió con energía la cabeza.

—La gran pregunta tiene que hacerse de manera tradicional. No debe cambiarse ni una sola palabra.

—¿Y... y cómo se pronuncia la gran pregunta? —quiso saber Anton.

26 —¿Significa eso que quieres oír las palabras exactas? —inquirió Anna.

—Eh... Sí —respondió.

Anna se llevó las yemas de los dedos a las sienes y cerró los ojos.

En realidad Anton solo sentía curiosidad por saber cuál era la misteriosa pregunta y no se esperaba que Anna se la hiciera de verdad. Le dio un escalofrío.

Sin abrir los ojos, Anna empezó a decir:

*¿Quieres  
despertar del sueño que llaman vida?*

*¿Quieres  
vivir la noche de un modo que no se olvida?*

*¿Quieres  
seguirme en la eternidad?*

*Entonces dime:  
¡abrázame,  
oh, oscuridad,  
esta es mi oportunidad!*

A Anton le pitaron los oídos. ¿Acaso esperaba Anna que dijera ahora «Abrázame, oh, oscuridad, esta es mi oportunidad»? No podía ni en broma...

27

Anna había abierto de nuevo los ojos y estaba mirándole.

El repentino silencio entre ambos era extraño e inquietante. Por un momento, a Anton le pareció que se abría bajo sus pies un peligroso abismo y que algo quería agarrarse a él para arrastrarlo a las profundidades. Pero luego comprendió que tan solo era el propio miedo al que debía enfrentarse.

Anna sonrió y dijo:

—No tenemos ninguna prisa, Anton. Y no tienes por qué convertirte en vampiro. Como nueva vampira suprema yo establezco mis propias reglas. Si quiero que vivas entre nosotros

como humano, los vampiros tendrán que resignarse. Serías un intocable.

—Pero eso ya lo soy —dijo Anton—. Desde que Olga me mordió, me han sucedido cosas terribles.

—¿Qué cosas terribles? —preguntó Anna.

28 —No puedo usar el teléfono móvil ni el ordenador. Si lo hago, sufro un dolor de cabeza atroz y los aparatos estallan. —Anton suspiró—. Antes ya era distinto a los demás, pero ahora soy un marginado total. Todos los de mi clase van por ahí jugando con sus tabletas o se envían mensajes con el móvil. Menos yo. ¡Y Olga tiene la culpa de todo!

—El mordisco de Olga no es la auténtica razón —dijo Anna.

—¿Ah, no?

—No. ¿Recuerdas que Elisabeth la Golosa te dio el Golpe del Recuerdo la Noche de la Transformación Final?

—¿Te refieres al Desfile de los Retoños? —preguntó Anton.

La Noche de la Transformación Final Anna y él habían asistido al Desfile de los Retoños. En ese desfile Elisabeth la Golosa, que entonces era la vampira suprema, le había tocado dos veces con la punta de la espada Mjerkur.

—Fue muy egoísta por mi parte —admitió Anna.

—¿El qué? —preguntó Anton.

—Asistir contigo al Desfile de los Retoños. Como eres humano, no deberías haber tenido contacto con la espada Mjerkur. ¡Nunca! Pero eso lo he descubierto hace poco. Y en cuanto a los aparatos eléctricos... Los vampiros tenemos todos esos terribles dolores de cabeza cuando tocamos los aparatos eléctricos. Y por eso nos mantenemos alejados de ellos.

—¿Me estás diciendo entonces que sí soy un vampiro? —exclamó Anton.

—No —respondió Anna suavemente—. Lo que quiero decir es que ahora te encuentras entre dos mundos.

—¿Entre dos mundos?

—¡Sí! Desde luego no eres un vampiro, pero ahora tampoco eres humano. No de la misma manera que antes.

Mientras Anna estaba diciendo esto, sonaron unos pasos en el pasillo.

Luego llamaron a la puerta y oyeron que la voz del padre de Anton decía:

30 —¿Te apetece una partida de ajedrez, Anton? ¿O jugar a las tres en raya? ¿O al Scrabble?

En la familia de Anton era costumbre llamar a la puerta antes de entrar, por lo que Anna en ese momento aún estaba a salvo.

—Mi padre entrará ahora mismo en la habitación —le advirtió Anton—. ¡Sería mejor que te marcharas volando!

—No tengo que esconderme —respondió la vampira.

Volvieron a dar unos toques en la puerta.

—¿Anton? —le llamó su padre—. ¿Estás dormido?

A continuación se abrió la puerta y apareció el padre de Anton en la habitación.

—Tienes visita... —dijo—. No me había enterado.

—¡Buenas noches, señor Bohnsack!

Anna se levantó y le tendió la mano al padre de Anton.

—Ah, eres tú, Anna. —Le cogió la mano más bien dudoso—. ¡Qué raro! No he oído que llamas al timbre.

31

Ella se rio entre dientes y permaneció callada.

—No quiero molestaros —dijo—, pero si ya os habéis mirado bastante rato a los ojos, podéis venir al salón si os apetece.

—Es muy amable de su parte, señor Bohnsack —dijo Anna—. De todos modos, quería hablar con usted.

—¿Querías hablar conmigo?

—¡Sí! Acerca de Anton.

—¡Siento curiosidad! —exclamó.

—Yo también... —terció Anton.